

2005

El árbol de mansalvas

Fernando López

Citas recomendadas

López, Fernando (Primavera-Otoño 2005) "El árbol de mansalvas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 25.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/25>

Fernando López

EL ÁRBOL DE MANSALVAS

Para entender el insomnio forzado de esa noche, en la ciudad turística, de varias personas cuyas vidas tejió el destino a la velocidad de las horas, y no arriesgar hipótesis vanas sobre lo que cada uno hizo en ese tiempo huero, hay que tener información. Información suficiente que nos libre de explicarlo todo, pues, como se sabe, para eso ha de haber una investigación lo que puede no interesar a todo el mundo. Labores tediosas sin resultado apreciable ha habido siempre, pero la Humanidad insiste en escribir su Historia.

18:59. Los ojos color camello del Comisario Montali, irritados por el viento incesante de la costa, reflejan las huellas que la marea, después de sitiárlas, ha comenzado a borrar con displicente desprecio. En esa playa lejana, donde nunca hubo bañeros, flamea sin relevos la bandera roja. Van hacia el agua simultáneamente las huellas pequeñas que Montali atribuye a Verónica Lami, en paralelo con las grandes y toscas de unos pies masculinos, de tranco más largo, y hay algo en la secuencia de los pasos que induce a pensar en una breve carrera, en la excitación de la oscura conciencia que promueve al delito. A media hora de la puesta del sol que se mantuvo espléndido a lo largo de la tarde, el hallazgo alimenta la única certeza: un hombre de pies descomunales y la criatura cuya desaparición fue denunciada esa mañana estuvieron juntos la mayor parte del día. El tiempo transcurrido desde la denuncia, y la distancia hasta ese lugar desolado justifican la tardanza en el hallazgo, pero esos datos devienen inútiles para responder ciertas preguntas: ¿es conveniente buscar el cuerpo en el agua, echar a bucear a un par de hombres afrontando el acecho de los riscos por debajo de la superficie? ¿Es conveniente comunicar el hallazgo a los padres de la niña? La huella más grande, que calza por lo menos 54, sostiene un cuerpo

que sugiere un gran peso, más de cien kilos, de alguna de las razas que trajeron a América el estigma de creerse superiores. El Comisario Montali aprendió en algún curso de Criminalística que los venidos del Piamonte “son largos y patones”. Lo repite pero los agentes no lo escuchan, acostumbrados a los brulotes que suele disparar cuando se siente perdido.

La tradición concede, no sin astucia, que la caída del sol es el peor momento si debe remontarse la página en blanco del libro de novedades. Es la hora en la que todos fuman en silencio, amontonados alrededor de los patrulleros, hilando los recuerdos que la experiencia ha dejado plasmada en sus legajos. Es la hora en que comienza a pesar la sensación de que el tiempo ha corrido en contra de su esfuerzo y nada de lo hecho sirvió para avanzar. La crispación sienta su huella en los rostros de los policías, y desfigura levemente lo que luce a la vista como cansancio vital.

– Repasemos – dice el Comisario, arrojando el pucho a las olas.

– La niña tiene cuatro años – relata un oficial –. Estaba con los padres en el estacionamiento del hotel y la perdieron de vista. Eso fue esta mañana, a las diez, cuando cargaban el auto para ir a la playa. Ayer se les perdió otro hijo en la peatonal.

– ¿Se dedican a eso?

Nadie contesta.

– A perder hijos – masculla Montali.

– El padre es gerente de un banco, la madre es docente.

Montali se rasca la vieja picazón que dejó en su oreja izquierda una bala perdida. Ha dado la espalda a la marea para no contemplarla en su labor implacable.

– Si la nena está ahí, el mar la va a devolver. No perdamos más tiempo.

19:40. A bordo de los patrulleros los policías, el fotógrafo, los auxiliares del Fiscal regresan a la ciudad. Sólo quedan allí Pereyra y Anselmi, al cuidado de las evidencias, en el límite demarcado por la cinta de nylon con letras rojas que impide acercarse a las huellas que corren hacia el mar. La radio del móvil repite las señas particulares de Verónica Lami: cabellos rizados castaño claro, piel blanca, boca mediana, enormes ojos grises... La fotografía que le entrega la madre esa mañana en el jol del hotel no revela ninguna característica que la distinga de otras nenas de su edad. Verónica ríe con un oso de peluche entre sus brazos. Es muy “picuda”, muy curiosa – dice Blanca Gieco cuando le pide más datos –. ¡Habla, habla, habla y pregunta!

Las luces de los automóviles que se mueven de la playa a los hoteles producen escozor en los ojos color camello del Comisario Montali. Un par de gotas de colirio lo alivian de inmediato. Piensa. Recuerda otros casos de niñas raptadas y violadas con sadismo y las dificultades que suelen presentar estos delitos. Montali sufre, traduciendo a números la vigilia de esos padres. Ya no le queda tabaco. La petaca de licor que en el verano suele durar hasta la noche se ha agotado temprano. Cuando se detienen para

comprar cigarrillos y alguna bebida, una voz por la radio del móvil comenta que también ha desaparecido un masculino mayor, de treinta y cinco años, hospedado en el mismo hotel donde se alojan Pedro Iván Lami y lo que resta de su pequeña familia. El Comisario contabiliza como una ventaja esa casual circunstancia. Pide más datos: la intuición le dice que ese hombre puede estar relacionado con la desaparición de la nena. Su mujer lo ha visto por última vez cuando se levantó para salir a correr. Algo lo ha desequilibrado hasta convertirlo en un desconocido, en un ser tan violento contra sí que la mujer teme un desenlace fatal. Fabio Schmidt, responden cuando pregunta su nombre. Ese dato lo tranquiliza: tiene un apellido que no es italiano, le parece haber escuchado que en el Piamonte la tasa de suicidios es la más alta de Europa. Cuando uno de sus hombres le pregunta en qué piensa, Montali no responde. En realidad, no le resulta fácil formular una ecuación que abarque los dos términos. **Suma:** una nena más un suicida no le da tres, no le da nada. **Resta:** una nena menos un suicida le da por resultado una incongruencia. A lo largo de la vida la matemática le ha servido para contar a sus hombres, para no perderlos en la noche, nada más. **Sigue:** una nena, **dividida** por un suicida, le da varios fragmentos envueltos en nylon arrojados en lugares distantes. Una nena, **multiplicada** por un suicida, le da por resultado una familia entera de nenas patonas.

– ¡Huevadas! – murmura, ante la mirada expectante de los policías. Luego pregunta: – ¿Están cansados?

– ¡Síííí!

– Bueno, ¿cuánto falta para llegar al hotel? ¿Diez minutos? Tienen nueve minutos para dormir. ¡Después los quiero despiertos hasta que esto se aclare!

Montali se entera por la radio del móvil que la mujer del suicida, Elina Müller, de veintinueve años, sin hijos, es psicóloga, asistente de un Servicio de Ayuda donde conoció a Fabio en una de sus crisis. A seis meses de casada descubrió que era adicto a los juegos mentales para escapar de la depresión. Montali y el chofer del móvil comparten una mirada piadosa ante lo que imaginan una vida de mierda de esa mujer con un loco. Los suaves ronquidos que vienen del asiento trasero lo alientan a repasar la información. Fabio Schmidt y Elina Müller han tenido un desencuentro amoroso porque el muchacho se niega a tomar su medicación. Discuten, ella lo rechaza, generando un incontrolable descenso de la autoestima que lo lleva a sentarse en la ventana del séptimo piso con los pies colgando en el vacío. Otro juego: escribir en el cuerpo de la mujer sentencias tomadas de su abundante lectura. Verónica Lami tiene cuatro años. Estaba con los padres en el estacionamiento del hotel y bla bla bla. Un descuido así puede ser fatal aunque parezca un pequeño incidente. Al hijo perdido en la peatonal lo encontraron en una sala de “juegos en red” a mitad de la tarde. Se ligó una paliza.

21:03 La mujer fuma como una chimenea junto al ventanal orientado hacia el ocaso. Montali se le acerca.

– ¿Tiene a mano una foto de su esposo?

Elina Müller lo mira como desde una distancia inapreciable. Lo estudia. No logra convencerse de que esa persona tosca y antipática, grueso, bajo, vestido de civil pero con toda la prestancia del milico, sea capaz de encontrar nada. Aunque previsoramente, no lleva ninguna fotografía de Fabio en el bolsillo.

– Mhm... ¿Qué altura tiene su esposo? – pregunta el Comisario.

– Un metro sesenta.

– Bajito. ¿Qué número calza?

– No tengo la menor idea.

– Debería saberlo – insiste Montali.

Elina Müller echa el humo hacia la cara del Comisario.

Calza veintitrés – responde fastidiada, levantando el pulgar de la mano derecha y extendiendo el índice. Agrega, luego de pitar: Por seis de diámetro.

Montali entrecierra los ojos. Tose. Acerca su rostro al de la mujer y le dice en voz baja:

– ¡No debería perderlo de vista!

En otro extremo del jol los Lami aguardan reunidos en familia. El largo día los ha devastado. El señor Lami está sentado en el extremo de un sillón de dos cuerpos observando el movimiento de los policías, sin perder de vista a Jordán, el nene de diez años que recorta dibujos con una tijera. Blanca Gioco parece haber agotado hace un instante el último resto de agua de sus ojos. Mira el reloj. Habla en voz baja con su marido y se toma la cabeza con las manos. Él la acaricia. Ya les han informado que no hay novedades.

– Las escrituras sobre su cuerpo... – comienza a decir Montali, pero se interrumpe.

– ¿Quiere verlas? – pregunta Elina Müller –. Tengo fotos – insiste, ante el gesto dubitativo del Comisario.

Le entrega un sobre con doce fotografías de su cuerpo desnudo y embadurnado con aceite. El Comisario las mira rápidamente, deteniéndose en una oración cuyas letras rojas han comenzado a desfigurarse por efecto de la transpiración:

ETNEG AL RENET ELEUS EUQ ERBMUTSOC ANU SE RIROM

La luz incidental que baña el cuerpo de la mujer le ha dado en cada fotografía un impecable efecto embellecedor sobre todo mínimo detalle. En una postura mucho más comprometida de su intimidad, alcanza a leer:

ALLE ED OVIV ELAS EIDAN EUQ ADACILPMOC NAT SE ADIV AL

– ¿Qué pasa? ¿Le da vergüenza?

– ¿Qué sentido tiene este juego?

Elina se le acerca casi hasta tocarlo con el cuerpo.

– ¿Usted qué hace en la cama? ¿No juega? ¿No le gusta leerse?

– Nunca se me hubiera ocurrido...

– ¿Escribir con sangre?

Montali duda. Es un detalle que no ha tenido en cuenta.

– Sangre muerta – murmura Elina –. Del cadáver de mis óvulos.

Montali entrecierra los ojos y echa el humo sobre el rostro de Elina.

Omite algunas preguntas que considera rutinarias, no quiere correr el riesgo de que la mujer se burle. Ella tose.

– Volviendo a las fotos, las he visto mejores – dice Montali, guardando el sobre en un bolsillo.

Los huéspedes protestan por los controles a los que deben someterse para entrar o salir del hotel. A regañadientes responden las preguntas de los policías, exhiben sus documentos, se allanan a abrir sus paquetes y todo lo que portan. ¿Para qué, se pregunta Montali, esa rutina inservible y agotadora? Para llenar el vacío de la inercia, se responde, en su primer intento serio de sacudirse la angustia que le produce dividir.

22:11: Un agente uniformado se acerca a Montali y le murmura algo al oído. Su cuerpo se tensa. Arroja la colilla en la maceta de un palo de agua y sale hacia afuera detrás del subordinado. Los Lami intentan seguirlo pero los detiene con un gesto firme. Ordena que no los dejen salir. Se acerca a un policía que ha llegado desde otro lugar con evidente cansancio. Le cuenta que han encontrado a una niña parecida a Verónica a unos treinta kilómetros del hotel, y están tratando de localizar al forense para que examine su cuerpo. Montali recibe la información bajo la atenta mirada de los Lami desde atrás de un ventanal. Le exige al agente que le informe hasta el último detalle. Luego toma su *handie* y habla con el Comisario del pueblo vecino.

– Prepárense muchachos: se viene una noche larga – le dice a los agentes. Después del breve sueño en el asiento del patrullero, lucen fresquitos y dispuestos.

El viaje de treinta kilómetros parece interminable. Los dedos de Montali tamborilean sobre la tronera del patrullero que avanza con la sirena encendida entre los automóviles que se desplazan por la costanera. No ha tenido el valor de decirle a los Lami que han encontrado a una niña que puede ser su hija. La omisión le dará más tiempo para entrever la madeja. No le parece posible que los datos recibidos contradigan lo que ha grabado en su conciencia como una regla imposible de quebrar. Repasa en voz alta algunos casos que el empeño le ayudó a esclarecer: el de la chica de dieciséis que volvía del boliche acompañada por su primo y apareció ultrajada y

muerta en un canal, a pocos metros de la casucha del pariente, donde encontraron la parte superior de su vestimenta; el de la chica de catorce que faltó al colegio y se juntó a fumar con su noviecito en una plaza lejana, y apareció dos meses después degollada y violada por unos cirujas que la encontraron caminando, a la noche, en busca de consuelo; el de la nena de seis, que al regresar del almacén se quedó charlando con el mecánico de la otra cuadra, y apareció enterrada en el fondo del lote, con el cuerpito destrozado. Toma el sobre del bolsillo y examina otra vez las fotografías de Elina Müller, su cuerpo sometido a textos de lectura incomprensible. Las mira todas, atrapado por la impronta de las luces que embellecen el ánfora de carne.

23:40. Hospital Regional. En una pequeña sala, con las puertas de vidrio cerradas, el forense conversa con la niña. Montali, porque así lo aconseja la prudencia, permanece afuera, escuchando los timbres mezclados de una voz, ensombrecida por el tabaco, y el parlamento inocente, limpiísimo, que responde cada pregunta con elocuencia y rapidez. La inquisición está dirigida a sus preferencias y a sonsacarle los pormenores de una larguísima jornada.

– ¿Adónde está el detenido? – pregunta Montali.

– En la Comisaría.

– ¿Lo interrogaron?

– En eso están.

La breve respuesta no le satisface. Ya deberían, por lo avanzado de la noche, contar con la confesión.

– Dice que no ha cometido ningún delito.

Pregunta si la chica ha sido violada. Nadie sabe, alguien sugiere que no pero no se atreve a sostener la hipótesis. Impaciente, el Comisario golpea con los nudillos la puerta de vidrio. Entre la risa de la niña y las exclamaciones de estupor de quien actúa frente a ella como un semejante, el médico lo atiende, pero no le permite el ingreso a la sala. La niña está bien, está sana. No tiene un rasguño. Parece una noticia de otro texto que contradice el oficio del Comisario.

– No le creo – dice Montali.

Estira el pescuezo y alcanza a divisar a la misma criatura cuya fotografía ha recibido de su madre.

– Es necesario que venga el fotógrafo – dice el forense mientras camina por el pasillo, seguido por el Comisario. Y agrega: – ¡Hay que escuchar lo que dice la niña!

– ¿Para qué quiere un fotógrafo?

El forense extrae agua mineral de un surtidor, bebe, chasquea la lengua.

– ¡Qué sed! – exclama. Bebe otra vez. Luego levanta la vista en dirección al hombre que parece estar perdiendo la calma, y agrega: – Tiene inscripciones en el cuerpo, sería bueno tomarles unas fotos antes que la tinta se borre.

– ¿Tinta roja? – pregunta Montali.

– Sí. ¿Cómo sabe?

– ¿O sangre? – le parece loco lo que va a preguntar, pero pregunta igual:

– ¿La nena ya menstrúa?

02:16. Comisaría del pueblo. Montali desocupa a los agentes que están con él para que se vayan a dormir. En la “pecera”, Fabio Schmidt fuma. Sobre una pesada mesa de algarrobo en la que apoya los codos para sostener su cabeza, hay dos platos y cinco vasos de plástico blanco con restos de café. Tiene los ojos hinchados, la boca hinchada, se queja de un fuerte dolor en la parrilla intercostal izquierda en la que suele apoyar su mano para ayudarse a respirar. Del lado de afuera del cristal refractario de la “pecera”, Montali lo observa sin dar crédito a lo que ha visto y oído en lo que va de medianoche en adelante. Pedro Iván Lami y Blanca Giéco lo acompañan. Con la tranquilidad recuperada observan en silencio a ese hombre pequeño, de cuerpo morrudo y piel oscura, rostro aborígen y ojos celestes como cielo que empieza a anochecer. Verónica se ha dormido en brazos de su madre luego de contarle su día, con reclamos, más que con palabras, con el orgullo instalado en su carita alegre cuando exhibe las escrituras del cuerpo que Fabio le ha enseñado a leer al revés. También está presente la vaporosa Elina Müller, ataviada con un elegante trajecito de color damasco. Le han permitido conversar con su marido y no cesa de quejarse por los golpes que le han propinado. El Fiscal ha dado la orden de que Schmidt permanezca en la Comisaría hasta que aparezca el payaso a reclamar sus zapatos, después se marchará. Montali ha expresado su deseo de interrogar al hombre que declaró ante el Fiscal durante dos horas y media, aportando una historia a la que sólo accederán los que tengan interés directo, cuando el caso se cierre y el expediente sea archivado. Verónica dijo que encontró a Fabio en la vereda de una heladería y le pidió que le comprara un cucurucho. En la espléndida mañana de verano se los vio caminar sobre la arena mojada y resplandeciente en dirección al sur, a paso muy lento, el adulto envuelto en la salida de baño provista en el hotel a los huéspedes que disfrutaban del natatorio, la niña con su vestido de toalla sobre la mallita de dos piezas y un sombrero de paja del tamaño de su cabecita.

03:14. Llegan las fotos de las escrituras en el cuerpo de Verónica.

El Fiscal de Instrucción intenta develar el sentido de la frase escrita con letra minúscula sobre el ombligo de la niña:

¿ÁMAM IM EUQ SÁM AMIM EM NÉIUQ

La tinta de la fina fibra roja ha perdido nitidez, produciendo la lenta encriptación de la escritura. El Fiscal transcribe al papel todas las letras y repite la operación con lo que Fabio ha escrito en su espalda, alrededor de un corazón tachado con una cruz:

ONAMREH IM Y ÁPAP IM

– ¿Qué patología es ésta? – pregunta el forense, oteando las fotografías del cuerpo de Elina Müller que le entrega Montali.

El médico repite el procedimiento y no responde.

– No me diga que no sabe lo que hace – advierte el Comisario.

– Sabe. Si escribir en el cuerpo de otro fuera delito, su estado mental no lo salvaría.

03:52. En el austero silencio de la “pecera”, los dos hombres maduran un diálogo difícil.

Fabio Schmidt: *No son juegos de mente: más bien, pequeñas andanzas en el planeta de la lengua.*

Montali: *Dice el forense que usted juega para evitar la locura.*

F.S.: *Tampoco para darle sentido. Para divertirme, para encontrar la opacidad de las cosas.*
Fabio Schmidt calla unos segundos.

F.S.: *Quiero ver más y salgo a buscarlo como un lobo hambriento. Lo evidente me abruma.*

M.: *¿Duerme bien?*

F.S.: *Sueño. Muero, en el sentido de lo evitable. La locura está detrás de lo evidente. ¿Por qué tantas preguntas?*
Montali duda nuevamente.

F.S.: *Lo que ayuda a vivir carece de explicación. Su juego es diferente, usted necesita evidencias. ¿Qué dice la norma? “Una niña de cuatro años no debe abandonar a sus padres, ni hablar con desconocidos”. Dice: “un hombre no debe amenazar a su esposa delante de sus hijos”. ¿A usted no le gusta jugar en los bordes? “Cuando el miedo gobierna, la*

razón se extravía". Investiga lo evidente, pero el juego mayor está detrás de los bordes. Lo sabe. El sordo entiende la música en las vibraciones de las cosas. El ciego percibe el movimiento, el mundo es mitad de los normales, mitad de los diferentes.

Montali lo interroga sobre los hechos de la tarde.

F.S.: *La nena me ve, me reconoce. Quiere comer helado... Es simpática. Pregunta si a mi mujer le gusta nadar. No le parece inteligente que Elina no tome sol. Verónica sabe nadar. Sabe escribir su nombre, contar, sumar. Y hace unas preguntas que valen oro. "¿Por qué los insectos no hacen ruido?" ¡Me fascina la mujer inteligente! Me levanta el ánimo. Me produce un estado de excitación. Sabe nadar, vamos a nadar. Lleva protector solar 48, las olas revientan allá donde la gente las espera y salta o se zambulle a refregar el vientre en el fondo del mar.*

Fabio sonrío. Montali lo convida con otro cigarrillo.

F.S.: *Verónica ríe porque aprieto su mano, ríe porque el agua le hace cosquilla en la nariz. Las olas son gigantescas, poderosas... (Silencio)*

M.: *¿Después?*

F.S.: *"¿Por qué la cucaracha es más grande que la mosca?" La excitación precede a la serenidad. Derrama protector solar sobre mi espalda, lo empareja. Caminamos... No quiero responder que su pregunta no tiene respuesta. Cuenta salteando, uno, tres, cinco, siete, nueve. Dos, cuatro, seis, ocho, diez. Sopla un viento agradable que abre el apetito. ¿No querés volver? No. ¿Dijiste a tus padres que te ibas? Estaban ocupados, se gritaban... Su apetito es digno de elogio.*

Fabio Schmidt hace otra pausa.

F.S.: *Ha visto en el cuerpo de Elina las escrituras de la noche. Quiere saber por qué la escribo. No me cree. No le digo que la escritura es con sangre. Elina se entusiasma con los grandes pensamientos. Le digo la verdad, Verónica se ríe. Elina quiere leer en su cuerpo lo que yo leo en los libros, es voluptuosa, ingeniosa... No le digo a Verónica que cuando la escribo se excita, que Elina no quiere ensuciarme y prefiere que la escriba con su sangre mientras le digo obscenidades. Prefiere que escriba en su cuerpo las mejores sentencias que he leído, que nos vuelva a unir lo que separa nuestros cuerpos. Su sangre y mis lecturas. Mojo la pluma en su vagina, su clítoris se expande. Ella lo entiende a su manera. Verónica, digo.*

Pregunta si me animo a escribir en su pancita la adivinanza que más le gusta. Quiere saber cómo hará para leerse. Le prometo que compraremos una fibra y un espejo. Caminamos. Caminamos. “¿Por qué las mujeres son diferentes a los hombres? El barullo de los autos sobre el camino de la costa, los gritos de la gente, sus juegos, todo se mezcla.

M.: *¡Pero se fueron lejísimo...!*

F.S.: *Treinta kilómetros. ¡No sé cómo hicimos! Encontramos a un payaso. Repartía volantes. Nariz roja, bombacha verde, chaqueta anaranjada. Caminaba saltando sobre grandes zapatones ante una Verónica exultante. La levantó sobre sus hombros para que toque el cielo con las manos. “Quiero ir al circo”. Vamos al circo... La función es larga, Verónica se duerme. El cansancio acecha. Verónica despierta. “Quiero otro helado”. El circo nos demora, Verónica no quiere volver. Caminamos alrededor de la carpa. Uno, tres, cinco, siete nueve. Dos, cuatro, seis, ocho, diez. Hace calor y la tarde declina. “Cómo es el árbol de mansalva?” Verde la planta, roja la fruta. “¿Es rica?” Sabe a deseo. “¿Es alto el árbol?” Como el baobab. “¿y las ramas?” La mejor estación para los pájaros.*

Fabio Schmidt reflexiona un instante.

F.S.: *“¿Son fuertes?” Son poderosas. “¿Para colgar a una persona?” Depende. “¿A mi mamá?” La voz de Verónica se torna grave. “Papá dice que la va a matar y la va a colgar de un árbol, y mamá le pregunta si de mansalvas”. Caminamos frente a la jaula de los tigres. Me aprieta fuerte la mano. La elefanta levanta su trompa y emite un sonido extraño. Verónica está preocupada. “Papá le grita a mamá”. Los pájaros no permiten que se acerquen a sus nidos. “¿Qué es ser infiel?” Mentirse a sí mismo. Verónica descubre los zapatones debajo del carromato. La tarde cae. Quiere subir sobre mis hombros para mirar desde arriba los zapatos del payaso. El mar se torna furioso entre las piedras. No hay nadie en la playa...*

05:14. Los ojos color camello del comisario Montali observan por sobre el humo del cigarrillo el andar cabizbajo de Fabio Schmidt en dirección a la avenida costanera. Elina camina a su lado, casi como una extraña, pero antes de llegar a la esquina se le acerca. Lo empuja suavemente con la cadera. La elegancia de su traje color damasco hace juego con el andar cadencioso de sus piernas finas sobre altísimos tacos. Fabio no responde a un segundo empujón, suave como el primero, parece entretenido buscando en la vereda

algún objeto perdido por otros. Elina acerca su cuerpo al de su esposo para echar su brazo izquierdo sobre los hombros macizos. En la otra dirección parten los Lami. Verónica duerme en brazos de su madre, Jordán en los del padre. Dulce y amorosamente cada cual acomoda a su vástago sobre el asiento trasero del automóvil y lo sujeta con el cinturón de seguridad. Ascende después Lami abriendo la puerta del conductor y Blanca Gieco la del acompañante. Conversan unos minutos. Montali se distrae observando la fotografía que Elina Müller escogió para obsequiarle, del sobre que le entrega el Fiscal Después de firmar la libertad de Fabio.

05:59. Amanece. La claridad se deposita lentamente sobre un mar que se aleja. El Comisario, en cuyos ojos color camello el azul se asienta como pentimento, mastica bronca. El payaso no entiende la ley de los hombres, no reconoce el perjuicio cuando hurtaron sus zapatones y se niega a denunciar una conducta que no considera delito. Habla de su acto, de la salvación a través de la risa para que los niños se olviden de sus padres. Montali reniega del tiempo invertido, le cuesta aceptar que la reflexión es insuficiente para entender ciertas cosas. La vieja picazón que dejó en su oreja izquierda una bala perdida se instala nuevamente. Mientras camina hacia el móvil que lo espera con el motor en marcha y el chofer semi-dormido, la matemática, que utiliza siempre para contar a sus hombres, acude en su ayuda una vez más. Toma en sus manos el *handie* y emite el mensaje.

– ¡Hey, muchachos! ¡Anselmi! ¡Pereyra! Váyanse a casa, ya está todo aclarado.

Los policías, entretenidos en contemplar el constante retroceso de la espuma, se miran interrogándose. Es la voz del jefe aunque les parezca extraña, como de otro, quizá porque nunca la escucharon rodeados por una secuencia que no cesa. La cinta de nylon con letras rojas desplegada para prohibir el paso a los curiosos, preservando las huellas que en la tarde fueron hacia el agua, se sacude al viento por última vez entre las piernas de Anselmi, tironeada por Pereyra.